

beles, con sus múltiples surtidores vibrando en la limpia atmósfera, parecía dar la espalda y menospreciar, en su serenidad de diosa, el buceo de las tribunas revestidas de la bandera española, adosadas á la fuente y en donde hormigueaba un gentío inmenso. Al frente, en perspectiva prolongadísima, la calle de Alcalá, por donde un río de gente bajaba á la plaza y quería internarse en Recoletos pugnando con la que ya se empujaba, codeaba y estrujaba en el paseo, desparamándose después de la estatua de Colón hacia el Obelisco y confundiendo con otra corriente que descendía de la calle de Génova. Y en el fondo del cuadro, dominando con su mole enorme la plaza, la calle de Alcalá y el Prado, alzábase el Banco de España, á guisa de alegoría ó símbolo del poder del dinero, sin el cual ni habría festejos, ni habría guerra allá en las Antillas, ni paz en el archipiélago magallánico.

Y en el espacio libre de la plaza, al pie de las tribunas adosadas á la Cibeles, pululaban las máscaras que, á tal distancia, me parecían, con sus ropas de colorines, flores enormes agitadas por el viento. Iban, venían, saltaban, trepaban á los carruajes afianzándose en los estribos ó reclinándose en la capota, y muchas de ellas, de las que lucían trajes de *bebés*, se cogieron de las manos y armaron corros de baile, girando en loco remolino, entre el vuelo de sus faldas y el flotar de sus luengas melenas de estopa ó de seda, que remedaban perfectamente las hermosas y abundantes cabelleras de los niños... Era un asunto delicioso para un caricaturista humorístico que reprodujese fielmente aquellas exageradas siluetas á lo Kate Greenaway, con las pamelazas haciendo sombra al rostro, y las zancas largas embutidas en medias rosa ó negras, y el pie aprisionado en los zapatos de charol, bajos y amplios, al estilo inglés...

Las máscaras más estudiadas, las de traje rico, pensado con mucha anticipación, combinado artísticamente, no querían estropearlo tomando parte en la bullanga de los corros, y se limitaban á pasear gravemente, tiesas, dejándose admirar y contemplar y curiosear por la gente de á pie y por la que ocupaba coches y tribunas. Algunas de estas máscaras — acaso las dos mejores, más espléndidamente trajeadas, — en coche iban también, luciendo bordado de perlas finas y auténticas sobre los soberbios brocados del ropaje. Los disfraces de animales, que dieron tela á no pocos epigramas, eran, en realidad, ingeniosos y lucidos; además, *disfrasaban* completamente: el objeto de no ser conocido se logra mejor vistiéndose de *animal* que de *persona*, lo cual dice mucho en favor de la racionalidad del que adopta semejantes disfraces. El *gato con botas* de los cuentos de Perrault estaba encantador: tenía la forma exacta del gatito blanco, y hasta la gracia y truhanería del personaje creado por el *Homero de la infancia*, como llaman á Perrault los críticos franceses. Abríanse también paso por entre la multitud un oso danzarín, una zancuda grulla, un perro de aguas bien esquilado, con sus pulseras, hopitos y moño; un gallo vigilante, un cocodrilo fantástico, unas tortugas perezosas y muy reluctantes de coraza... El pueblo, el buen pueblo que se divierte y goza con lo más insignificante, que no tiene gastado el paladar ni embotado el gusto por la saciedad y el tedio, celebraba y aplaudía estas extravagancias donosas, propias de Carnestolendas.

En días tales no envidiéis al que arrastra carretela á la d' Aumont: envidia al que se sienta en modesta sillita, y madrugando se adelanta desde las primeras horas de la mañana á coger sitio en primera fila, para que nadie le quite su predilecto lugar, entre dos árboles. En esa fila hay á veces mujeres muy hermosas, de la clase media ó burguesa secundaria, que pasan el año sin recibir ovaciones, y que el domingo y martes de Carnaval se desquitan anchamente, oyendo mil hiperbólicos piropos y viendo llover sobre sus cabezas la galantería en forma de avalancha de menudos papelitillos color de oro ó de «mil colores», según el grito de los que expenden en las aceras y en las esquinas de las bocacalles esa mercancía efímera y graciosa...

No ha faltado quien clame estos días contra los *confetti*, quien reniegue de ellos porque manchan, porque se vuelven una plasta entre el barro, porque se introducen en el peinado y en los trajes, porque obligan á barrer y á limpiar. Séame permitido defender á los *confetti*, hacer su apología. Somos desagradecidos y olvidadizos; las mejoras no nos arrancan un aplauso, ni nos desfruncen el ceño. Puesto que es cosa convenida que en Carnavales hay que arrojar algo contra el transeunte, habrá proyectil más inofensivo que los *confetti*? Yo recuerdo, en mi pueblo y en los días de mi niñez, cómo lanzaban desde las ventanas y desde todas partes harina, huevos podridos y habichuelas averiadas y duras; y un

alcalde-aficionado al progreso y enemigo de la barbarie ideó, como gran adelanto, prohibir por medio de un bando los huevos y los jeringazos de agua fría y sucia, y reemplazarlos con anises y almendras, que era galante enviar á las señoritas situadas en la atalaya de los balcones. Los tales anises y peladillas no dejaban, así y todo, de descalabrar, de magullar las narices y levantar chichones en la frente; además provocaban tal codicia en los granujillas y golfos, que se deshacían á sopapos por alcanzar una almendra caída entre el fango y pisoteada ya. Espectáculo ciertamente impropio de la cultura de mi pueblo, pero menos desagradable que el de los churretones de harina ó los huevos escalfados sobre algún sombrero ó alguna manteleta flamante. Ahora bien: los *confetti* son el último paso en el terreno del mejoramiento de las costumbres carnavalescas. Ni lastiman, ni manchan, ni ofenden por ningún estilo; y cuando sentimos venir por el aire esa lluvia de gayos colores, esas estrellitas diminutas que no carecen de semejanza con los pétalos de las flores, no tenemos por qué enojarnos ni indisponernos, y las señoras que protestan de los *confetti* me parece que harían bien en irse de paseo á la Moncloa ó al Pardo durante los días del Carnaval madrileño.

Y algunas se indignan, hasta enfurecerse de veras. Me han contado que el domingo una señora contestó á una nube de *confetti* descargando un bofetón en la cara del atrevido mortal, que con el carrillo hinchado y el alma atónita, no podía explicarse tanto rigor. En efecto, no era *casus belli* el de la nube de papellitos, y á fe que si Júpiter recibe tal acogida de Danae, se vuelve al Olimpo escarmentado y más que de prisa.

Si yo fuese Jurado no sé qué carroza premiaría de las varias que se presentaron al concurso; pero desde el balcón la que me sorprendió y me agradó con extremo fué la del semanario *Blanco y Negro*, que llevaba el sello de buen gusto y delicadeza artística que suele caracterizar á tan bonita publicación. La gigantesca paleta, en que los colores estaban representados por niñas, era una idea nueva y poética; y verla desembocar por la calle de Alcalá, una fiesta para los ojos y una sonrisa viviente, una sonrisa que anda.

Creo que por todo lo reseñado se comprenderá que este Carnaval ha sido, como al principio dije, una resurrección... El supuesto muerto no estaba sino dormido, y sólo esperaba lo que las notas del arpa de Becquer ó las inspiraciones del genio: ¡la chispa reveladora! A las primeras insinuaciones de los que tienen por misión organizar, se organizó un Carnaval magnífico. Expliquen como puedan el milagro los aficionados á explicárselo todo: yo creo que hay fenómenos morales que no tienen explicación plausible, sino en la complejidad del alma de los pueblos. Florencia gozó y se divirtió más que nunca después de haber pasado por los horrores de la peste negra; los franceses, al apagarse la sangrienta hoguera de la revolución, iniciaron los regocijos y el libertinaje del Directorio; pero nosotros les *batimos el record* (¡qué bárbara frase!) repicando las castañuelas y agitando los cascabeles de la clásica Locura, mientras todavía nos oprimen las entrelazadas sierpes de las furias, símbolo de la guerra, y cuando nos amagan todo género de asolamientos y fieros males.

Por momentos, al presenciar la carnavalesca algazara, se me oprimía el corazón. Recuerdos y temores lo asaltaban; escenas horribles se desarrollaban en mi fantasía. Tantos muertos, tanta gente moza que se embarca diariamente y ó regresa moribunda ó no regresa jamás. ¿Y el dinero? ¿Podrá nadie suponer que nos amague la bancarrota, cuando rueda el oro en mil formas y se ostenta la riqueza á puñados en los solaces del Carnaval? ¡Enigma, eterno enigma; España, esfinge de las naciones!

Y lo bueno del caso es que la impresión definitiva que España produce — con todas sus anomalías é imprevistos cambios, con su carácter de hermosa *Pródiga*, que tan bien encarnó en el personaje de D. César de Bazán, en su *Ruy Blas*, el genio de Víctor Hugo — es una impresión de simpatía y de agrado singular. No se le atan cabos, pero se siente y sufre el ascendiente de su inalterable buen humor, de su resignación fanfarrona, de su nobleza espontánea y de su generosidad que no se desmiente ni se agota nunca. Sucede con España lo que decía el célebre novelista Iván Turguenev que sucedía con *la santa Rusia*: ¡cuántas veces lo recuerdo, cuántas me parece más que aplicable á nosotros, hecho para nosotros expresamente y de encargo! «A la santa Rusia — escribía Turguenev desde su destierro de París, desde las tristes márgenes del Sena; — á la santa Rusia no se la puede comprender, pero hay que amarla.»

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## RESURRECCIÓN

Hay que hablar de este Carnaval animadísimo, de este renacimiento sorprendente y no tan artificioso ó artificial como muchos suponen. No diré que sin la iniciativa de autoridades y corporaciones se hubiese podido realizar; sólo sí que esas corporaciones y autoridades encontraron maduro el espíritu público de nuestra extraordinaria capital madrileña, y organizaron la animación que preexistía. ¿Cómo podía preexistir en las actuales circunstancias? ¿De qué estaba formada la alegría bulliciosa cuyo espectáculo presenciábamos? ¿Se condensaba en ella la espuma de la tristeza, el residuo de tantas amarguras, no pasadas, sino, por desgracia, presentes y muy presentes, actualísimas? ¿Es que nuestra débil alma no puede soportar mucho tiempo seguido la pesadumbre, y pide desahogo, solaz, entretenimientos pueriles, ocupaciones ínfimas y gratas; es que somos niños, nunca personas de edad madura? ¿Es que del heroísmo tenemos la nota del regocijo, como diz que la tenían los griegos, y nos pertenece el privilegio de morir cantando y de poner al enemigo, no cara fiera, sino cara risueña, ó mejor aún, la carátula grotesca y modadora del Carnaval?

Lo cierto es que Madrid, á pesar del frío y de la lluvia que amagaba y descargó por fin el lunes convirtiéndose en charcos los arroyos, se echó á la calle enloquecido, prodigando *confetti*, entretejiendo serpentinatas, alborotando, embromando, recogiendo dulces y flores. Desde el balcón del palacio de los marqueses de Linares dominábase una perspectiva realmente digna del pincel de Goya. En primer término, al través de los árboles del paseo de Recoletos, despojados de hoja y recortándose finamente sobre el celaje, la cuadruple hilera de coches, que de vez en cuando surcaba, á manera de bajel, inmensa carroza tirada por caballos ó bueyes y atestada de cocineros ó de contrabandistas, una red de serpentinatas brotaba del carro y desgarrándose pintorescamente, dejaba serpear en el aire millares de hilos dorados, rojos y azules. Más al fondo, la blanca y gallardísima Ci-